

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Arco San Pablo, 8, 1.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 peseta

Veinticinco años de Anarquismo

«Para defender la tesis del partido anarquista, del partido que durante más de veinticinco años—un cuarto de siglo, amigos!—ha dirigido el movimiento obrero de Cataluña, del partido que con todo y pretender enseñar el camino más recto y más seguro para llegar a la emancipación proletaria, ha puesto a nuestra clase obrera a la cola del movimiento obrero europeo, por lo desorientada que está, por la poca fuerza que posee y por hallarse completamente aislada del movimiento internacional; para defender, repetimos, la tesis de ese partido se necesita encontrar algo más que una siempre inoportuna salida por la tangente.
Y, hasta ahora, el compañero Lorenzo no ha acertado a encontrar nada mejor»

A. F. R.

Lo que pudiéramos llamar *La Nacional*, ese periódico que se adorna con un *Inter* postizo, si no tiene lógica, no carece de ingenio, y sale de los pasos difíciles con relativa facilidad: a un razonamiento contesta con una broma, acusa a su contradictor de que se escapa por la tangente y se queda tan fresco.

No importa. Ya apelé al juicio del lector, y a eso me atengo.

Lo que me obliga ahora a referirme a ese periódico es esta afirmación contenida en lo copiado: «el partido anarquista ha dirigido durante más de veinticinco años el movimiento obrero de Cataluña y ha puesto a nuestra clase obrera a la cola del movimiento obrero europeo...»

Pasemos por lo del partido; el idioma no es lo suficientemente preciso para dar exactitud a esa y a otras muchas palabras, pero conste que los anarquistas no formamos una agrupación como la de los partidos de verdad, que se proponen el monopolio del Estado y que se componen de cándidos que creen en un programa y mueren esperando, y de despabilados que se benefician de las gangas gubernamentales.

Y vamos al objeto: no es verdad que los anarquistas, formando o no partido, hayamos dirigido el movimiento obrero catalán durante un cuarto de siglo; el verbo dirigir así empleado tiene una precisión que no concuerda con los hechos ni con nuestros principios; lo que sí es cierto es que la gran mayoría de los obreros barceloneses seguían espontáneamente la orientación del centro de San Olegario, de *El Productor* y de *Acracia*, y su influencia se extendía, como más inmediata, a Cataluña, y después a toda España, y aun me atrevo a afirmar que la influencia anarquista barcelonesa es una de las causas determinantes del actual sindicalismo, que, tomando como núcleo la Confederación General del Trabajo de Francia, puede llegar a ser la positiva y definitiva Internacional que realice la huelga general revolucionaria que dé al traste con el capitalismo propietario. Y fundo esta afirmación en este dato de no difícil comprobación: El socialismo francés languidecía supeditado a la política, al reformismo y al oportunismo, los anarquistas lo despreciaban, de lo que resultaba un dualismo pernicioso entre los trabajadores franceses, que los anarquistas barceloneses señalamos en los periódicos mencionados, discutiendo con *La Revolte*, de París, y ofreciendo como ejemplo nuestra actividad en el seno de las sociedades de resistencia. El consejo fué aceptado o llegó a tiempo para determinar la voluntad de aquellos compañeros, y la historia se va realizando.

Pero la voz de los anarquistas, por influente que fuera cuando fuimos a contender con los intelectuales de la burguesía en el Ateneo Barcelonés, o cuando celebramos en el palacio de Bellas Artes el Segundo Certamen Socialista, señalando estos dos hechos entre infinitos importantísimos que podrían citarse, no era la única que se dirigía a los trabajadores o, como dice el colega a quien le sobra el *Inter*, a la clase obrera de Cataluña, porque ahí estaba la Agrupación socialista que todos los años celebraba como podía el 18 de marzo y el 1.º de mayo, según anunciaba en la prensa burguesa, sin que los trabajadores se enteraran, y que en algunas elecciones generales presentó sus candidatos recogiendo algunas docenas de votos.

¡BARCELONA, BARCELONA!

Pasó la fiebre electoral.

Muchos miles de trabajadores barceloneses, renegando del principio salvador de la emancipación por sí mismos, imitando al zapatero Coca, convertidos cada uno en un Coca infeliz, han votado un emancipador, emancipando al elegido y quedándose ¡oh Cocas desdichados! en la mismísima situación en que se hallaban.

La totalidad de esos trabajadores votantes sabe que la sujeción del trabajo al capital es el origen de toda tiranía; que la liberación de esa tiranía no es un problema catalán, ni español, ni siquiera europeo, sino mundial, y que, por tanto, su solución está en la solidaridad obrera internacional; que ante la magnitud del problema revolucionario no hay, no puede haber, caudillo emancipador, sino que cada oprimido es su propio caudillo, su emancipador único, y la unión de todos, ó de la mayoría, ó de una minoría inteligente y audaz es la fuerza equivalente a la palanca de Arquímedes, capaz de sacar de quicio el mundo del privilegio.

Pero esos nuevos Cocas votantes que saben todo eso, porque lo han oído a sus compañeros de trabajo en el taller, en la fábrica, en su sociedad, en los mitins ó lo han leído en la prensa obrera, se han ofuscado, han desconfiado de sí mismos, se han dejado suggestionar por la elocuencia burguesa y han llegado a creer, unos que su enemigo era *Madrid*, y se han adherido a un complot burgués indefinido ó indefinible llamado Solidaridad Catalana, otros que su enemigo era la *Monarquía*, y se han agregado a la Antisolidaridad republicano-radical-gacetable, relegando al olvido por atavismo, por flaqueza intelectual, por miserable abandono de la voluntad, por cobardía, que el verdadero enemigo es

EL JORNAL

que por medio de la accesión le encadena al trabajo, que le somete al capitalista y al propietario y que, manteniéndole en la vil condición de hombre-cosa, le tiene siempre a los pies de los que dogmatizan, gobiernan y usurpan.

¡Quién no sabe hoy que la Solidaridad Catalana es un amasijo de errores tradicionales y de ambiciones explotadoras!

¡Quién puede ignorar que la Antisolidaridad republicana va a la implantación de una república más sobre la treintena de las que existen en el mundo, en las que hay ciudadanos ricos hasta ser millonarios, y ciudadanos pobres hasta morir de hambre en los campos y en las ciudades, porque la máquina les ha suplantado y ya no tienen, no pueden tener, trabajo ni jornal!

¡No os avergonzáis, infelices cocainos, secuaces de Judas Coca, de entregar vuestro ideal, vuestra legítima esperanza de emancipación, vuestra energía, vuestra dignidad de trabajadores, vuestra honra revolucionaria a dos modernos Barcokebas, a dos falsos mesías, llamados Cambó y Lerroux!

¡Desperta ferro! ¡Arriba los corazones! ¡A romper esas ligaduras burguesas que os habéis dejado imponer! ¡A pensar, a unirse, a resolver, a ejecutar resoluciones bien pensadas, a dar al mundo el producto de vuestro pensamiento y de vuestra acción!

¡Viva cada obrero independiente y libre!

¡Vivan los obreros conscientes unidos en el ideal!

¡Viva la Anarquía!

Lo ocurrido en esos veinticinco años—ese cuarto de siglo como dice con su gracejo habitual aquel periódico,—es algo grave que, si hace sonreír a algún escéptico arri-vista, ha causado profundísimas sensaciones de alegría y de pena a los conscientes y abnegados que no pierden de vista el ideal emancipador: de una parte la difusión de la idea por todos los países de lengua española; de otra el terrorismo, Montjuic, el pacto del hambre, la dispersión forzada de los mejores, el índice policiaco, la persecución constante, etc. Pero todo eso son cosas que, si enaltecen una idea y a los hombres que por ella se han sacrificado, han de ser pasadas por alto por los que, ocultando ambiciones indeclarables, se dirigen a eso que se denomina con altisonante rimbombancia «la conquista de los poderes públicos».

Quedamos en que la clase obrera de Cataluña, por culpa del partido anarquista, está a la cola del movimiento obrero europeo, y necesita salir de ese estado. Para tal menester se ofrece, no ya el partido socialista, porque ese partido, como queda dicho,

no dejó de existir en Barcelona durante ese malhadado cuarto de siglo, y a tener inteligencia y poder ya la cosa estaría hecha, sino un Sr. A. F. R., especie de Lerroux de menor cuantía que tiene recursos para fundar un periódico y osadía para elevarse sobre un número de hombres, no formado de unidades conscientes, equivalentes y coincidentes, sino reducido al estado de clase, de masa, que manifiesta su inteligencia y su voluntad rudimentaria por suggestion mediante un papeleta con un nombre depositada en un cachivache llamado urna electoral. De modo que ahora sí que va de veras; lo que está a la cola se pondrá a la cabeza y Jaurés vendrá a Barcelona a tomar lecciones de socialismo.

En resumen: la clase obrera de Cataluña, a la que no ha emancipado el partido anarquista, está esperando un redentor, y ese redentor se ha presentado ya. Si en las primeras elecciones para diputados los trabajadores barceloneses, convertidos en flamantes socialistas, no eligen su representante a ese redentor, serán unos ingratos.

Lo malo es que eso de la redentoría por delegación, procuración ó representación no tiene eficacia alguna y suele ser un remedio peor que la enfermedad, mientras los que han de redimirse no pongan en su propósito emancipador su conciencia, su voluntad y su energía propias.

Un redentor verdadero, altruista hasta el sacrificio, cuenta la historia, Espartaco, quien, puesto a la cabeza de un ejército de setenta mil esclavos, estuvo a punto de conquistar los poderes públicos de la soberbia Roma; pero aquellos hombres, esclavos antes de su rebeldía, continuaron esclavos por atavismo en el ejército emancipador, y, muerto el jefe, se sometieron nuevamente a las cadenas. En aquella rebelión sólo había un hombre, el que mandaba, los demás eran clase servil, masa, poco menos que materia inerte, y que los redentores, para mantenerse a la altura de tales, necesitan, crean, protegen y acarician.

Ese hecho histórico, junto con la lógica de nuestros principios, nos sirve de norma a los anarquistas para ver en todo redentor parlamentario un farsante. Espartaco puso con sublime abnegación en su empeño emancipador la virtud hasta el heroísmo; los emancipadores del día se satisfacen con que los que ansían emanciparse les nombren diputados, y mientras un Espartaco alcanza muerte gloriosa, cualquier jefe socialista llega a tener asiento en el Parlamento y hasta en el ministerio, quedando los que habían de ser emancipados tan sujetos al jornal y a la accesión como antes.

Por eso los anarquistas, recordando las manadas de reses que se presentan al mercado con un brochazo rojo, verde ó azul para designar que toda aquella carne pertenece a determinado propietario, no queremos masas anarquistas ni de otra clase; no diferenciamos entre masa republicana, masa solidaria, masa socialista ni masa neutra, porque toda masa es negación de personas y pedestal de ambiciosos; lo que queremos son trabajadores conscientes, en plena evolución, refractarios a toda suggestion de farrándula, y eso, mal que les pese a todos los falsos redentores, a pesar de sus transitorios triunfos, lo vamos consiguiendo.

No ha sido perdido aquel cuarto de siglo, no de dirección ni de dominación, sino de propaganda; véanse los efectos en América, donde el pacto del hambre, la crisis y la arbitrariedad han diseminado los anarquistas catalanes. Esperen todavía en Barcelona los redentores republicanos, catalanistas y socialistas, que quizá cuando más desenfrenados caminen en el automóvil de sus ilusas ambiciones chocarán contra obstáculos insuperables constituidos por modestos y desconocidos Espartacos, que, créame *La Nacional* del *Inter* postizo, existen todavía en Barcelona, y están, no a la cola ni a la cabeza de nada, sino en su puesto.

ANSELMO LORENZO

Los culpables

No cabe duda que la responsabilidad y la culpa del presente desorden social pertenece a los que se arrogaron y se arrogan el derecho de guiar a la humanidad.

El orden actual que se quiere conservar, y que se llama orden por una suprema ironía, representa un estado de cosas creado, querido y mantenido por los que constituyen *las autoridades*.

La guerra social que nos destroza es querida y fomentada por las autoridades, sean éstas monárquicas ó republicanas, deístas ó ateas, burguesas ó socialistas. Consecuencia elemental de esto, que es tan evidente, es que, si los que dirigen la sociedad humana se han mostrado hasta el presente ignorantes ó crueles, ó ineptos para el cumplimiento de su función hasta el punto de presentarnos una sociedad de miserables en vez de una sociedad de seres relativamente felices, derribémosles del poder. Sobre este punto todos debemos hallarnos de acuerdo y de acuerdo estamos una buena parte.

Pero he aquí que se presenta una primera y gravísima dificultad. ¿Derribar la autoridad para sustituirla ó para no sustituirla? Aquí está la diferencia entre las tantas escuelas que infestan la numerosa falange de los subversivos, para mayor triunfo de la parte conservadora que en el *orden actual* tiene la riqueza y el lujo.

La ley estrecha al hombre como una cincha de cuero. Los gobernantes pueden a voluntad aflojar ó apretar hasta dejar al hombre en absoluta libertad ó hacerle morir impunemente. Por esto no se trata de monarquía, ni de república, ni de deísmo, ni de ateísmo, ni de socialismo.